

segundo milenio. El libro finaliza con dos capítulos dedicados a la sintaxis oracional (pp. 185-192) y al orden de palabras y la elipsis (pp. 193-205), respectivamente.

En todos los casos el profesor Jiménez Delgado acompaña su exposición de pertinentes referencias a bibliografía especializada y a aquellas tablillas en las que se documenta el fenómeno en cuestión, como explicaba antes, transliterándolas a continuación al griego alfabético y proponiendo una traducción. Debido a la conocida mala adecuación de la lineal B al griego, muchos de los textos mencionados son susceptibles de ser analizados desde varias perspectivas y de recibir distintas interpretaciones. Estas posibilidades son siempre tenidas en cuenta y sopesadas por el autor.

El volumen contiene tres útiles índices: el primero, de palabras, está dividido en cuatro secciones dedicadas, respectivamente, a las formas citadas en griego micénico, griego del primer milenio, antiguo indio y raíces indoeuropeas; en el segundo se enumeran los textos citados en otras tres secciones, según pertenecieran al griego micénico, al literario o a textos epigráficos; el último recoge las materias tratadas en el manual.

En resumen, el profesor Jiménez Delgado tiene el mérito de haber compilado en este libro la primera sintaxis del griego micénico, un estudio que, aun siendo minucioso y documentado, es claro y pedagógico, razones por las que no sólo resulta recomendable para los especialistas en micenología, sino accesible a cualquier interesado en la historia de la lengua griega.

FRANCISCO RODRÍGUEZ GARCÍA

T. KAUFMAN, *Notes on the Decipherment of Tartessian as Celtic*, Washington D. C., Institute for the Study of Man, Inc. (Journal of Indo-European Studies Monograph Series, nº 62), 2015, 526 pp.

La lengua tartesoturdetana es una lengua indígena del suroeste de la Península Ibérica de documentación fragmentaria. De ella conservamos unas noventa inscripciones, denominadas tartesias por ser anteriores al periodo turdetano, escritas con un semisilabario creado a partir del alfabeto fenicio y la mayor parte procedentes del sur de Portugal, además de algunos grafitos contemporáneos a estas, una larga serie de topónimos y una serie no tan larga de antropónimos documentados en fuentes grecolatinas, amén de en inscripciones y amonedaciones generalmente en escritura y lengua latina. Los problemas para su interpretación son muchos y, desde un punto de vista lingüístico, derivan fundamentalmente de la apariencia no indoeuropea de lo conservado.

No obstante, desde hace unos años ha surgido una corriente interpretativa de las inscripciones tartesias que ha querido ver en ellas una lengua indoeuropea de la familia céltica. Esta corriente fue iniciada por John Koch, dentro de una visión más amplia que considera la cultura celta una cultura configurada en la fachada atlántica del oeste de Europa, cf. J. Koch, *Tartessian: Celtic in the South-west at the Dawn of History*, Aberystwyth 2009, y *Tartessian 2: The Inscription of Mesas do Castelinho. ro and the Verbal Complex. Preliminaries to Historical Phonology*, Oxford 2011. El libro que aquí se reseña es continuación de dicha corriente y, de hecho, su autor pretende corroborar y corregir la lectura de las inscripciones en cuestión desde el punto de vista céltico. En este sentido, debe señalarse que la interpretación de la lengua de las inscripciones tartesias

como una lengua celta parte, en primera instancia, de una serie de estudios hechos por José Antonio Correa hace más de veinte años. El profesor Correa encontraba en estas inscripciones algunos antropónimos indoeuropeos y apuntaba la posibilidad de interpretar algunos elementos como propios de una lengua indoeuropea, cf. J. Correa, “Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del SO. (o tartesia)”, *Veleia* 6 (1989), pp. 243-252, y “La epigrafía tartesia”, en D. Hertel y J. Untermann (eds.), *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter*, Köln 1992, pp. 75-114. No obstante, el propio Correa ha insistido posteriormente en que dichos antropónimos son probablemente exógenos y que si aquellos elementos son realmente indoeuropeos, ello supondría que la lengua en cuestión habría sufrido una evolución fonético-fonológica desconocida en otras lenguas indoeuropeas contemporáneas. Y es que lo primero que debe decirse de este pequeño corpus epigráfico es que se trata de un corpus muy antiguo, fechable entre los siglos VIII/VII-V a. C. No obstante, el libro objeto de reseña apuesta por la hipótesis celta y acepta, a pies juntillas, que la lengua de las inscripciones tartesias sería una lengua céltica con una evolución temprana comparable en muchos aspectos con la del antiguo irlandés, el bretón o el galés, lenguas de documentación mucho más tardía. Sería, por tanto, una lengua en muchos aspectos más evolucionada que otras lenguas célticas más cercanas en el tiempo, especialmente el celtibérico, documentado en la Península Ibérica en los siglos II-I a. C. y con el que no estaría relacionado.

El libro presenta la siguiente estructura por capítulos: introducción; celticidad del tartesio; sistema de escritura tartesio; cuestiones metodológicas; características lingüísticas; clasificación dentro de las lenguas célticas; una serie de capítulos breves sobre todo tipo de cuestiones (otros desciframientos del tartesio como lengua céltica, topónimos y antropónimos transmitidos en fuentes grecolatinas; elementos precélticos y “paravasco”; nombres, etc.); textos transcritos y analizados; vocabulario; reconstrucción de las raíces indoeuropeas para ‘lobo’ y ‘zorro’ (!); abreviaciones; bibliografía.

En estos capítulos se mezclan una serie de secciones totalmente peregrinas y difíciles de justificar, que dan la sensación de que el autor, al que no se le pueden negar conocimientos muy amplios, aplica todo aquello que piensa podría apoyar sus hipótesis. Llamen especialmente la atención las dedicadas a la reconstrucción del nombre fenicio de las letras del alfabeto (3.1), a la influencia morfosintáctica del egipcio reciente sobre las lenguas antiguas de la cuenca del Mediterráneo (5.5.2) o al elemento toponímico -uba (8.3), que nada tiene que ver con las inscripciones. Especialmente llamativo resulta el último capítulo en el que, a modo de epílogo, ofrece unas reflexiones personales sobre los motivos que le llevaron a estudiar el tartesio, incluidas sus relaciones familiares con ancestros provenientes de zonas de cultura céltica. Este tipo de comentarios personales aparecen aquí y allá, y si la mayoría versan sobre cómo el autor ha llegado a determinadas conclusiones o a dedicarse al estudio de las lenguas célticas o de las inscripciones tartesias, están fuera de lugar en una obra de carácter científico.

Por otro lado, debe advertirse que las transcripciones que se ofrecen en el libro son peculiares, pues, en contra de la práctica común, se separan los valores de los signos mediante guiones, no se tiene en cuenta la redundancia vocálica y se proponen nuevos valores para algunos signos. Por ejemplo, la transcripción habitual de **u-a-r-bo-o-m4-i** es **uarb^oo-ŋi**. Todavía más llamativas resultan las notaciones de los fonemas, recogidas en pp. 512-513; a título de ejemplo, se emplea kv en lugar de k^w, b” en lugar de b^h, 9 en lugar de ŋ / ng, etc.

Con todo, el principal problema de este libro, y de los intentos de interpretar el tartesoturdetano como una lengua céltica, son los retruécanos metodológicos que hay que hacer para dotar los escasos datos con que contamos de apariencia céltica. Las principales críticas a esta corriente interpretativa se han centrado, como el propio autor reconoce en pág. 59: en lo evolucionada que estaría la lengua si fuera céltica, por ejemplo, la secuencia **ri-no-e-bo-o** se leería /ri: noibo/ a partir de proto-céltico **friyo-newiyo-bos* ('for the free new/young ones'), **u-a-r-bo-o-m4-i** /warbomi[nei/ a partir de **ufer.am.o-mig-ne-i* ('on the uppermost lip/edge'), **n-a-z-ke-e-n-<n>-a-i** /nazgen na:i/ o /nazgen (w)ai/ a partir de **en=ad=rig/seg-ent sinda:i* o *wai*, **u-(ti) BEY-a : i** /uti beya: i:/ a partir de **uti bey-a: i:ns* ('so that I might strike them'), etc.; en lo extrañas que resultan las traducciones, véase abajo; en la falta de paralelos para los antropónimos que se proponen, como boudo=haro- 'warning-bestowal', bou-wiro- 'cow-man', kaz-nero- 'blame-hero', etc. Me gustaría añadir la extrañeza que provocan determinadas convenciones gráficas que se atribuyen al semisilabario tartesio para poder sostener determinadas interpretaciones, como la representación de /w/ con **u** u **o** cuando se conservaba, cf. **m3-u-tu-u-i-r-e** /mutwirei/ y **o-o-z-o-i-r-e** /ozwirei/, y de /y/ con **i** o **e**, cf. **a-z-a-i-u-i** /aza:yu:i/, **be-e-an** /beya:n(t)/ y **bo-o-ti-i-e2-a-na** /boudi=ya:na:/. No obstante, estos fonemas están bien documentados y su representación se realizaba fácilmente mediante el uso de **u** e **i** respectivamente, cf. **uarb^aan**, **uak^e**, **uarb^ooiir**, **ioua-**, **t^uurk^aaio**. Resulta llamativo que se afirme que /w/ se perdía en posición inicial y, por ejemplo, en **uarb^aan** se propone que la grafía es el resultado de la reducción de proto-célt. *ufer-* en /war-/ , prefijo que, a su vez, derivaría de PIE **uper-*, mientras que proto-célt. **ufo-*, de PIE **upo-*, se representaría como **o-**, cf. **o-te-e-r-ka-a** /oderka:/ a partir de **ufo=derk-a:* y **o-i-r-a** /owi:ra:/ a partir de **ufo=wi:ra:*. Totalmente innecesaria es la atribución de un sonido /z/ (¿"retroflejo"?) al signo que se transcribe convencionalmente como í a partir de una supuesta semejanza con la letra fenicia *zayin* y de un error de escritura en **naírke-** en lugar de **naírke-**, que, según el autor, indica una pronunciación retraída. Todavía más extrañeza causa la interpretación de determinados signos como logogramas, especialmente del signo [**Ⓛ**] que, según el autor, se creó a partir de la letra fenicia *pē* [**Ⓛ**] y que interpreta como BEY, logograma con el significado de 'to smite' usado como la correspondiente raíz verbal (!). Profundamente sorprendentes resultan las traducciones que se proponen para los textos de las inscripciones. Para la mayor parte de ellas no hay contexto arqueológico, pero en algún caso parece que el contexto era de tipo funerario. Se trata, por lo general, de inscripciones breves, por lo que si eran funerarias se esperaría la información habitual en estos casos: nombre del difunto, contexto familiar, edad y, opcionalmente, causa de la muerte y algún dato relativo a su vida o al enterramiento. Sin embargo, las traducciones reflejan formulaciones llenas de simbolismo, con numerosos anacolutos y braquilogías, que cuadran poco con lo que se observa en inscripciones funerarias de otros lugares, como las inscripciones ogámicas de los s. IV-VI d. C. procedentes de las Islas Británicas, cuya formulación suele ser muy simple, tipo ANM X MAQI Y (Nombre X hijo de Y), X CELI Y (X seguidor de Y), X KOI MAQI MUCOI Y (aquí yace X hijo de la tribu Y), etc. Véase, por ejemplo, la traducción de J.17.2 "with a hen I bequeathe a dwelling | it has borne | they are burying" (igual de oscura resulta la traducción de Koch: "Invoking the divine ?Kuiarairi: ... [the grave] has received. They are bound, unmoving"). Lo mismo puede decirse de las de carácter supuestamente honorífico, tipo en el que se suele identificar a la persona, divinidad o entidad honrada, sus virtudes y al oferente. Nada más lejos, como puede verse, por ejemplo, en la traducción de J.10.1: "whenever you have plowed

back (and) forth | whenever he should drive down under | you smite back down | with/in a lion-like/related one/place you have reproached | he/it was plundering (OR used to plunder) in backward | I stand”.

Corresponde a los expertos en lenguas célticas evaluar la gran cantidad de datos que en relación con estas se ofrecen y su verosimilitud. A mí me gustaría terminar mi recensión recordando que el contexto y las características lingüísticas del tartesoturdetano apuntan, sin duda, a una lengua no indoeuropea o, como poco, no céltica. El propio autor llega a reconocer que el semisilabario tartesio fue creado por gentes de lengua no indoeuropea, como evidencia la toponimia turdetana. Sin embargo, considera que la lengua de esas gentes, a la que denomina “hipónico” (por los topónimos en *-ippo*), estaba emparentada con el vascoaquitano (!) y que se vería sustituida por la lengua céltica documentada en las inscripciones a partir del s. VIII a. C. Efectivamente, en la zona se han producido movimientos de población reflejados por las fuentes y por la toponimia (recuérdese a los *Celtici* situados en la Beturia o topónimos como *Lacobriga*, *Mirobriga*, *Nertobriga* o *Turobriga*). Pero nada apunta a la presencia de una lengua vascoaquitana en el suroeste de la Península Ibérica, así como también se observan diferencias claras con la zona lingüística ibérica de la mitad oriental de Andalucía y el Levante y con la zona indoeuropea del centro de la Península y de Lusitania. En este sentido, la toponimia y la antroponimia tartesoturdetanas presentan características propias y bien definidas. José Antonio Correa ha observado cómo en las series toponímicas y antroponímicas tartesoturdetanas se observan características lingüísticas específicas que las separan del ibérico (y del vasco-aquitano), cf. J. Correa, “Identidad, cultura y territorio en la Andalucía prerromana a través de la lengua y la epigrafía”, en F. Wulff y Manuel Álvarez (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Sevilla-Málaga 2009, pp. 273-296, y *Toponimia antigua de Andalucía*, Sevilla 2016. Algunas de estas características son la presencia de la aproximante /w/, cf. top. *Aspauia*, *Bursauo*, *Ventipo*, antrop. *Velaunis*, *Velgana*, **uekoeki**; los grupos *muta cum liquida*, cf. top. *Abra*, *Baedro*, *Cedrippa*, *Ilipla*, *Ipagram*, antrop. *Ildróns*; la aspiración, tanto inicial, cf. top. *Hasta*, *Hispal*, como tras consonante, cf. antrop. *Chilasurgun*, *Insghana*, *Irthi*; la presencia de la nasal bilabial /m/, cf. top. *Carmo*, *Maenuba*, *Munda*, *Munigua*; la presencia de /p/, contraria a la celticidad de la lengua, caso de los topónimos en *-ippo* o de *Astapa*, *Epora*, *Ipolcobulcula*, *Salpensa*, *Vrgapa*; así como la ausencia de *d-*, *g-* y *p-* iniciales (los top. *Detumo* y *Detunda* serían el resultado de una disimilación t...t > d...t y el top. *Paisoula*, documentado por Ptolomeo, probablemente un error por **Baesula vel sim.*). Otras características son difícilmente indoeuropeas, como los topónimos terminados en *-i*, cf. *Arucci*, *Iptuci*, *Ossigi*, *Sosontigi*, *Vcubi*, así como los antropónimos documentados en la ceca de Porcuna **bekoeki** (probablemente forma iberizada de **uekoeki**), **šibibolai**, **sikaai**, **tuitubolai** y **ufkailbi** (o **ufkailtu**) al igual que **kankinai** de una ceca desconocida y tartesio **b^eetisai**, si se trata realmente de un antropónimo; el prefijo *ili-*, cf. *Ilipla* e *Ilipula*, así como antrop. *Ildróns*; los antropónimos y topónimos terminados en *-t* como antrop. *Venet*, top. *Callet*, *Osset*, *Lascut*; la falta de flexión de muchos antropónimos en fórmulas latinas como *Vrchail Atitta f(ilius)* o *Igalghis Ildróns f(ilius)*, donde *Atitta* e *Ildróns* no cambian su forma a pesar de funcionar como genitivos sintácticamente; etc. Es cierto que es difícil contrastar esas características en los textos de las inscripciones conservadas, así como que buena parte de la toponimia y la antroponimia de la zona del sur de Portugal y la Beturia céltica es indoeuropea en época turdetana. Pero también lo es que los antropónimos documentados en la ceca de *Salacia* (Alcácer do Sal), donde se usa un sistema gráfico derivado del semisilabario

tartesio junto al alfabeto latino, son claramente tartesoturdetanos, caso de *Candnil* (con una acumulación de consonantes visible, por ejemplo, en el antropónimo *Icstnis*, documentado en Torreparedones, *Binsnes*, documentado en La Rambla, y en el gentilicio *Castlosaic*, derivado de **kaštilo**), *Odacis* (cf. **otakiis** u **otatiis** en una moneda procedente de Porcuna), *Sisbe*, *Siscra*, *Sisucurhil* (estos tres con un elemento inicial *sis-* presente en *Sisirem*, en una moneda de Porcuna, *Sisanna*, documentado en Belalcázar, *Sisean* o *Siseanba*, en Torreparedones, *Siseia*, en Cazlona; *Sisucurhil* contiene un grupo consonántico presente en *Urhela*, antropónimo documentado en Belalcázar), como probablemente también lo sea el nombre de la ceca, que aparece como **+beuibun** y que, aunque la interpretación del signario es dudosa, se puede relacionar con los topónimos en *-ippo*. Por lo demás, es muy difícil extraer datos lingüísticos claros de las inscripciones tartesias, pero lo que se observa no parece indoeuropeo (véanse las características lingüísticas apuntadas por Jürgen Untermann en *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Bd. 4. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997), caso de los antropónimos terminados en **-oir**, cf. **ooóoir**, **soloir**, **uarb^ooir**, o en **-ea**, cf. **b^ootⁱiea**, **ne-munt^uurea**, **saruneea**, **šut^uuiirea**; del final de antropónimos como **aark^uuioir**, que podría relacionarse con *Arquius*, **aiburis**, cf. *Aebura*, o **uursaar**, cf. *Vrsius*, *Vrsacius*; del sufijo de **tⁱirt^oosne** (**tⁱirt^oos** es un antropónimo probablemente indoeuropeo, véase también **ak^oosioš** / **ak^oolioš**, **anb^aatia** y **t^uurk^aaio**), cf. **rok^oolione**, **ert^aaune**, **liřniene**; o de lo que parece una forma verbal propia de una fórmula funeraria y que presenta diversas alternancias de significado desconocido, **nařk^eenti**, **nařk^eenii**, **nařk^eeii**, **nařk^eenai**, **nařk^een**, **nařk^ee**, a la que se ha atribuido carácter indoeuropeo a partir del final en **-nti**, si bien los finales **-nii**, **-ii**, **-nai** y **-n** son difíciles de relacionar con la morfología verbal indoeuropea. En ocasiones, aparecen elementos que podrían ser indoeuropeos, como el final **-on** de lo que parecen antropónimos, cf. **b^aaruaiion**, **juřnib^eelison**, **t^aarielnon**, **t^aalainon** (¿cf. *Talaus*?), pero no son fáciles de interpretar desde una óptica indoeuropea.

En definitiva, si bien es lícito tratar de interpretar los textos de las inscripciones tartesias a partir de un sistema bien conocido como es el de las lenguas célticas, debemos resignarnos y reconocer que, dadas las limitaciones del corpus, lo más probable es que este refleje un sistema lingüístico que, con los datos de que disponemos hoy en día, no es relacionable con ninguna de las demás lenguas que conocemos.

JOSÉ MIGUEL JIMÉNEZ DELGADO

E. KAVANAGH, *Estandartes militares en la Roma antigua. Tipo, simbología y función, Anejos de Gladius* 16, CSIC-Polifemo, Madrid, 2015, 640 pp. + CD Rom.

Exhaustivo. Esa esa es, en mi opinión, la palabra que mejor define el libro sobre los estandartes militares romanos del que es autor Eduardo Kavanagh. Fruto de una Tesis Doctoral, la monografía se presenta dentro de *Anejos de Gladius*, que se ha convertido en una serie de referencia con sus trabajos consagrados a aspectos de historia militar en el mundo antiguo. El autor utiliza con competencia la documentación literaria, epigráfica y numismática, así como los datos aportados por la arqueología, especialmente desde el punto de vista iconográfico. El arco cronológico abarca toda la época romana, desde el período republicano hasta el bajo imperio, lo que permite una visión en perspectiva de este tipo de elementos, tan importantes para los ejércitos de todos los tiempos